

DONDE EL CIELO ACABA

DOGA ASLANER

Colegio Internacional SEK-Catalunya de Barcelona

Era una tarde colorida, parecía uno de mis dibujos donde rojos, naranjas y dorados cubrían el cielo. En ese momento quizás no sabía apreciarlo, pero una tarde que parece ser sacada de los dibujos de un niño de seis años, es una tarde que merece ser vista.

Llevábamos pocos minutos en el coche, pero yo ya estaba inquieto. Quería hablar pero el silencio tenso me intimidaba. Mi padre conducía despacio como siempre y mi madre parecía estar perdida en sus pensamientos. Estábamos todos vestidos de negro. Según lo que me contó mi madre, se llevaba negro a los funerales.

Y ahí era a donde íbamos, el primer funeral al que iba a acudir en aquellos seis cortos años que llamaba *vida*. Pues llevaba mi corbata, la cual a pesar de ser incomoda, me hacía sentirme mayor, y la americana que me había comprado mi madre para la ocasión.

Seguí mirando desde la ventana, intentando capturar el gran paisaje con mis pequeños ojos. Metros y metros de árboles, casas en los lados, una carretera vacía y un cielo colorido. A medida que íbamos adelantando, cambiaban las casas, cambiaban los árboles, la carretera se hacía más estrecha, pero el cielo se mantenía igual. Parecía interminable. Había cielo donde acababan las casas, los árboles, donde acababa la carretera. Mirara donde mirara, había cielo. ¿Era interminable de verdad?

Miré a mis padres, los dos seguían en sus mundos. Me acerqué un poco hacía delante para llamar su atención.

“Mamá, papá, ¿dónde se acaba el cielo? ¿Es interminable?” - pregunté aunque no sabía si iban a tomar mi pregunta en serio. Muchas veces se reían de mis dudas, y normalmente no les pillaba la gracia, pero me reía igual, para ser como ellos.

Mi padre me miró por el retrovisor y pensó por un momento antes de responder.

“No es interminable, hijo. El cielo se acaba donde tú paras de pensar en él. Cuanto más lejos puedas imaginarlo, más lejos estará.” Respondió mientras sus ojos iban entre la carretera y mi reflejo en el retrovisor. Quiso añadir algo más pero enseguida le paró mi madre. Últimamente lo hacía a menudo, cortaba sus frases o interrumpía nuestras conversaciones. Ya no se hablaban como antes y apenas cruzaban miradas. Quizás ya no sentían aquellas mariposas que decían sentir cada vez que se miraban.

A él no se le veía molesto, simplemente se calló y dejó hablar a mi madre.

“Recuerdas donde vamos, hijo?” Me preguntó ella. Estaba preocupada, lo veía en sus ojos y en su manera de hablar.

“Sí. Me portaré.” Contesté rápidamente. Sabía que eso era lo que quería escuchar. Me quedé mirando de la ventana durante el resto del viaje, seguía sin comprender el cielo.

Una vez estábamos allí, cogí de la mano a mi padre y nos quedamos atrás mientras mi madre saludaba a la gente. No sabía que esperar de los funerales, había mucha gente y no conocía la mayoría. De vez en cuando alguno se nos acercaba para saludarnos. Todos mostraban una sonrisa cuando bajaban la cabeza para mirarme, aunque llevaban lágrimas en los ojos. Mi padre parecía evitar hablar con ellos, quizás también le extrañaba cuando los adultos lloraban.

Seguí mirando a mi alrededor. Mamá tenía razón, todos iban de negro. Era un poco gracioso, la verdad. Todos parecían iguales. “Papá, ¿Por qué se lleva negro en los funerales?” Le pregunté.

Él me escuchaba pero seguía mirando al frente.

“Es una manera de mostrar respeto hacia la persona que ha fallecido. Es parte de nuestra tradición.” Respondió con un tono neutral, no parecía muy interesado en mi pregunta.

Su respuesta solo me causó más preguntas. ¿Cómo podíamos mostrar respeto hacia alguien que no podía vernos? No me habían dicho ni el nombre de la persona que estaba dentro de aquella tumba. Quizás no le habría ni siquiera mostrado el respeto de saludarle si estuviese aquí con los demás, pero ahora que estaba muerto, habían docenas de personas reunidas en busca de demostrar todo el respeto que le tenían. Su cuerpo estaba rodeado de flores que él no podía ver, de gente alabándole con palabras que él no podía escuchar.

“¿Y cómo sabe él que le estamos mostrando respeto? ¿Por qué le están dejando flores si él no puede verlas?” Le volví a preguntar. Esta vez mi pregunta le parecía haber llamado más la atención.

“Tienes razón, los funerales no son para el muerto, son para los que quedan. Mira a tu alrededor, todos se están consolando entre ellos. Nadie sufre por su propia muerte.” Me respondió después de pensarlo.

Mis ojos volvieron a escanear la multitud de gente, mis miradas contemplando las caras de aquellos que buscaban apoyo entre ellos. Nunca había visto llorar a tantos adultos. Mi padre guardaba su postura de soldado, con la espalda recta y la mirada hacía delante. Él era de los pocos que no tenía lágrimas en los ojos.

“¿Y por qué están llorando todos?” Le pregunté, esta vez en voz más baja para que no me escucharan.

“Es simple, hijo. Cuando queremos a alguien le damos un lugar en nuestro corazón. El día que se vaya, ese lugar se queda vacío. Y muchos de nosotros tememos el vacío. Entonces llenamos nuestras mentes con recuerdos, las tumbas con flores y los ojos con lágrimas, todo por intentar ocupar el vacío que dejó atrás aquel que se fue.” Explicó mientras seguía con los ojos la mariposa que volaba hacía mi. Levanté la mano para que posase en mi dedo.

“Yo prefiero pensar que podemos salir adelante con vacíos, no siempre hace falta llenarlos. El tiempo seguirá pasando, el cielo nos seguirá cubriendo y los colores de esta mariposa seguirán brillando, no importa cuantos vacíos tengas tú.” Añadió mientras yo me quedé mirando entre la mariposa que posaba en mi dedo y el grupo de adultos delante nuestro. Mi padre tenía razón. No importa cuantos vacíos habían, entre todo lo malo, la mariposa seguía brillando. Los que estaban alrededor de la tumba no veían ni la mariposa, ni el cielo colorido que les cubría.

Empecé a pensar en ello. Entonces, ¿cada vez que ocupábamos un lugar en algo, estábamos destinados a dejar un vacío? No me gustó pensar que sería capaz de hacer daño a alguien solamente porque tenía un lugar en sus vidas.

“Y, ¿cómo es que pasamos de ocupar un lugar a no ocuparlo? ¿Desaparecemos de un día a otro?” Le pregunté otra vez. Se tomó otro momento para pensarlo.

“Piensa en nuestras vidas como si fueran ecuaciones. Pues la tuya de momento es una sencilla, sumas y restas simples y sin complicaciones. Pero a medida que vayas creciendo le añadirás variables, tendrá cada vez un valor más grande. Hasta que un día lo

multiplicarás todo por cero. Y así sin más, apuntarán tu ecuación en una tabla de aquellas.” Dijo señalando todas las tumbas que habían delante nuestro, ocupando todo el cementerio. “Eso sí, no siempre nos gusta la ecuación que nos queda aún después de añadir todas las variables que tenemos. Si pudiéramos mirar nuestras tumbas después de morirnos, no todos estaríamos orgullosos de lo que vemos. Así que la siguiente vez que estés hablando con alguien, ten en cuenta que un día no estarán.” Añadió en un tono más pensativo.

Cuanto más explicaba, más dudas tenía. No sé si a todos los niños les costó tanto comprender la muerte, pero yo, aquel día en aquel cementerio, tuve que hacer un gran esfuerzo para entenderlo. ¿Qué sentido tenía escribir la ecuación más compleja del mundo si sabíamos que al final la íbamos a multiplicar por cero? Aún así, quería que la mía valiese la pena.

“Pero, ¿cómo me aseguro de estar orgulloso de mi mismo? ¿Tengo que sumarle muchos números a mi ecuación, hacer que valga más?” Le pregunté ansiosamente.

“No hace falta tener muchos números para hacer que una ecuación tenga valor, hijo. A veces es mejor tener pocos, pero grandes. Números que sabes que valen la pena.” Me respondió con una sonrisa.

Los pocos años que llevaba en ese mundo no eran suficientes para entender la frase de mi padre. Aún así agradezco que me haya empezado a enseñar desde aquel momento que la calidad siempre iba antes que la cantidad.

“Y tú, ¿estarás orgulloso de tu ecuación, papá?” Le pregunté con el tono curioso de cualquier niño de mi edad.

“No sé, hijo. Dímelo tú.” Respondió señalando la tumba más cercana, delante de la cual estaba mi madre agachada y llorando, el grupo de adultos detrás suyo.

Me acerqué un poco más, y aunque todavía estaba aprendiendo, fui capaz de leer el nombre de mi padre escrito en la tumba. En ese momento se escapó la mariposa de mi mano, voló hacia el cielo que no comprendo y me dejó solo ante la tumba de mi padre, con dudas, muchas más dudas sin respuestas.

Cuando volví a girar la cabeza, mi padre no estaba. O al menos eso es lo que diría cualquier otro, que no estaba. Pero el cielo se acaba cuando tú paras de pensar en él. ¿Y si no paro de pensar en mi padre?